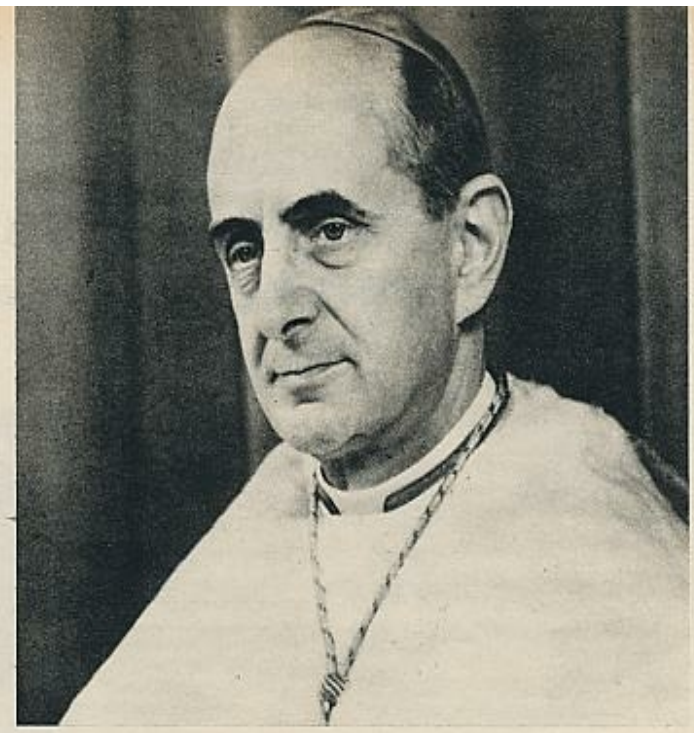
DEMOCRACIA Y CRISTIANISMO



Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

NO hace muchos años vivía todavía un pensador católico genial: se llamaba Chesterton.

Era protestante, y se convirtió al catolicismo sin darse cuenta. Su evolución doctrinal le hizo católico de ideas antes de recibir el bautismo. Y, en ese período intermedio, escribió un libro que tituló *Ortodoxia*. En sus páginas se mantenía la tesis (bien evangélica, por cierto) de que no sólo estaba lleno de paradojas el catolicismo, sino que él mismo era una paradoja.

La misión de la Iglesia no es de este mundo y, sin embargo, ningún organismo puede hacer más por esta tierra en que vivimos. El Evangelio se ocupa de enseñarnos la manera de ir al cielo y, no obstante, nadie se mostró más amante de los hombres que Jesucristo. Cuando el apóstol Santiago quiso describir en qué consistía «la religión pura e inmaculada a los ojos de Dios», en vez de hablar de la oración a los ritos litúrgicos, obligó a «ayudar a los huérfanos y viudas en su tribulación», mezclándonos con las necesidades del mundo, aunque sin contaminarnos con lo malo de él.

Nos pide Jesús que pongamos la otra mejilla cuando nos abofeteen, y en una ocasión en que el Salvador fue golpeado durante su Pasión por un guardia, ante el Pontífice judío Anás, en vez de poner su cara pasivamente, se volvió serenamente hacia el que le dañó, criticando su actitud y pidiéndole pensar si era razonable lo que había hecho.

Siempre la paradoja.

POR eso no puede nadie extrañarse de que los actos de la Iglesia tengan esta misma complejidad del Evangelio, si quiere ser fiel a su propio Fundador. El Papa Gregorio XVI, en el siglo pasado, condenó las libertades civiles, que llamó de perdición. Y Juan XXIII consagra una encíclica a su defensa.

San Pío X paraliza un movimiento cristiano de democracia: «Le Sillon» (El Surco), y Pío XI, por el contrario, se ensaña con un grupo político de signo contrario, la «Acción Francesa», antidemocrática y nacionalista.

¿Qué pensar de todo ello? ¿Es que la Iglesia tiene que estar interviniendo constantemente en las luchas políticas? ¿Significa esto, por otro lado, que los hombres que la dirigen la marcan de tal modo con sus propias y personales ideas, que llegan a cambiar su fisonomía ante los ojos de los hombres?

¿No será más bien que es siempre consciente cumplidora de la paradoja misma del cristianismo y que su complejidad desorienta a los observadores superficiales?

No olvidemos que Dios, en el Antiguo Testamento, advirtió a los humanos de la dificultad de comprender su acción, afirmando: «Mis pensamientos no son como vuestros pensamientos, ni mis caminos como los vuestros.»

ESTA y no otra es, sin duda, la dificultad que algunos han tenido para comprender las abiertas actitudes de Juan XXIII, manifestadas constantemente a través de su sencilla y paradójica vida; o la que han de tener muchos para comprender a nuestro Papa actual Pablo VI.

Se sabía que el Papa Roncalli era personalmente contrario a la apertura política hacia la izquierda que practica en Italia la democracia cristiana, y, sin embargo, respetó e hizo que se respetase siempre la libre decisión del Presidente Fanfani, que fue su principal promotor.

De Pablo VI se dice que es partidario, en su fuero interno, de esta postura política; pero en la archidiócesis que dirigía prohibió a sus sacerdotes aconsejarla moralmente.

La verdad es que ser dirigente supremo de la Iglesia es una extraña cosa.

Lo que menos nos importa a los cristianos, aunque parezca raro, es saber las opiniones personales del que la gobierna. Aquí no se cumple el consejo que, en un rasgo de humor, daba Chesterton a los hombres que iban a un restaurante: «Antes de saber si hay un buen jefe de cocina —decía—, averigua cuál es la filosofía que sostiene.» Sin duda se acordaba de aquellos envenenamientos que excelentes cocineros practicaron en la historia.

Un Papa nos ilustra, en cambio, no por lo que él personalmente piensa, sino por lo que transmite a los hombres de su tiempo del mensaje evangélico. Sin duda, a través de sus escritos vislumbramos lo que pueda opinar humanamente; pero eso no es lo que importa. Lo importante es la enseñanza religioso-moral que transmite el trozo de Evangelio que nos hace vivir en el momento presente.

El mensaje de fe, misterioso y oscuro, lo debe hacer permeable la Iglesia a los ojos de la época, valiéndose de nuestras palabras, de nuestras inquietudes y nuestros pensamientos. Así puede cumplir la extraña paradoja de «no preferir ni rechazar ninguna forma de gobierno, con tal de que sea justa y apta para procurar el bien común de los ciudadanos» (Pablo VI), y, al mismo tiempo, advertir a los cristianos que, en nuestra situación mundial, la democracia, que es «una sociedad de personas libres, iguales en dignidad, gozando de derechos fundamentalmente iguales, teniendo conciencia de su personalidad, de sus deberes y derechos, dentro del respeto a la libertad de los demás», «encuentra en el Evangelio no sólo aliento, sino apoyo».

¿Por qué decir el Papa esto último?

Porque para cumplir el sentido religioso del amor a los demás no hay que desentenderse de nuestros problemas, sino al contrario, preocuparse más de ellos, vivirlos como los viven los hombres de hoy. Y hoy los hombres se preocupan de su promoción humana, de su consideración como sujetos activos dentro de la sociedad, de ser «celosos de su dignidad personal y de su libertad» (Pío XII). En una palabra: el hombre no es un autómata, y no hay que considerarlo como tal. El Evangelio está en esta línea democrática, aunque sin prejuzgar el modo concreto de llevarla a cabo. El Evangelio no vino a darnos las estructuras sociales más justas, sino a invitar a los hombres a que la inventen y, sobre todo, que las ensayen y lleven a la práctica.

«La democracia que la Iglesia aprueba está menos ligada a un determinado régimen político que a las estructuras de que dependen las relaciones entre el pueblo y el poder, en la búsqueda de la prosperidad común a todos» (Pablo VI).

«La fe me dice que no debo matar; pero la conciencia personal tiene que establecer qué clase de muerte es en realidad un asesinato» (B. Jarret, O. P.); el «hacer que se pongan en práctica los principios de la doctrina social católica constituye la tarea propia de los seglares» (Pablo VI).

Nada de clericalismo; pero tampoco nada de abstencionismos de los problemas de nuestra sociedad contemporánea. El clero debe señalar con lenguaje que sea entendido por nuestro tiempo, y con ejemplos que los ilustren, los principios morales que necesita nuestra sociedad; pero deja a la inteligencia y decisión de los seglares su forma de aplicación. Como los pedagogos de la «escuela activa», la Iglesia jerárquica no se sustituye a sus fieles, a quienes considera como «mayores de edad».

Por eso —en esa evolución necesaria a la Iglesia— un concepto sano de democracia, entendida en sus líneas básicas como señala el Papa, ya no sólo es recomendada, como hizo Pío XII, sino aceptada por Pablo VI.

Para nosotros, los españoles, deberían tener un eco especial estas palabras pontificias, porque nuestros teólogos del siglo XVI —dominicos y jesuitas— nos dieron una excelente enseñanza sobre la idea democrática de la sociedad, concebida en esa forma básica que hace Pablo VI, sin prejuzgar las diferentes encarnaciones concretas que pueda tener.

Pedro de Soto, O. P., decía que «sea cualquiera la forma de elegir a los Príncipes, siempre será cierto que su autoridad depende de la elección y voluntad de los súbditos que rige y gobierna, y que no tiene mayor poder que el conferido por ellos, y el que ellos pueden darle» (Defensio Catholicae Confessiones, Par. 2, cap. XII.)

Esa es la razón por la que Pablo VI dice que donde no se puede reconocer de ninguna manera la democracia es en un régimen totalitario. En los demás, cabrá una aceptación mayor o menor de ella, y, por tanto, un acercamiento más grande o más pequeño a la esencia libre y activa, que debe ser respetada en todo hombre.

¿QUE otros puntos, además de los citados, señala el Papa en su carta a las Semanas Sociales de Francia, de donde se han extraído esas citas? Yo creo que dos son las cuestiones fundamentales: la información y la socialización.

El Papa señala que la colaboración activa del ciudadano en los asuntos de la sociedad requiere que estos últimos «estén convenientemente informados», que tengan «una prensa libre y leal, celosa de objetividad, con instrumentos de difusión que no estén al servicio exclusivo de una política determinada».

Pío XII, que vivió la dura época de la segunda guerra mundial, sufrió del totalitarismo, que «reduce al hombre a no ser más que una ficha en el juego político, o en los cálculos económicos». En 1947 decía que «el estigma que nuestra época lleva estampado en su frente... es la... falta de veracidad, que sólo es un recurso... para salir de momento de imprevistas dificultades... Aparece casi elevada a sistema... en

¿Es sólo la acción refrescante lo que distingue a una buena cerveza?

GUASTELLA, S. A.

SM-01-62

San Miguel dice que no

Además de la acción refrescante, una gran cerveza debe ser clara y poseer ese punto exacto (esa sabrosa personalidad) tan difícil de conseguir.

Además, una buena, una gran cerveza, exige que las cebadas y los lúpulos empleados sean de altísima calidad. En nuestra fábrica se maltean las mejores cebadas del mercado.

Además, una buena, una gran cerveza, debe tener esa finura que realza las comidas, que hace agradable el aperitivo, fácil la conversación... y pide beber más de una botella porque es suave y sabrosa!

Además, una gran cerveza debe tener una madurez exacta (igual en verano que en invierno) y respetar ante todo, esa madurez.

Y Además, para conseguir esa auténtica gran cerveza, hace falta trabajo, experiencia, buen personal... y consumidores entendidos que la exijan. Todo esto es lo que distingue a una buena cerveza.

San Miguel
DE FAMA MUNDIAL

que la mentira, la deformación de las palabras y los hechos, el engaño... es, en su criterio, parte integrante de la técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de acomodarla al servicio de su política». (Mensaje de Navidad.)

Ya no se da, en nuestro mundo actual, «el debido valor a la verdadera y gran mayoría, formada por todos cuantos honrada y tranquilamente viven de su trabajo en medio de sus familias». (Pío XII, Mensaje de Navidad, 1945.)

No creamos, sin embargo, que el juego automático de las opiniones personales lo conseguirá todo. Es necesario que los ciudadanos «se esfuercen en juzgar y discernir las informaciones que reciben», «capaces de hacerse independientes de su periódico y de escuchar sin pasividad» (Pablo VI). Pero la libertad se educa ejerciéndola y no evitándola con temor excesivo, como señaló Juan XXIII.

«Cuando se reclama más democracia y mejor democracia, tal exigencia no puede tener otro significado que el de poner al ciudadano cada vez en mejor condición de tener su propia opinión personal y de expresarla y hacerla valer en una forma adecuada para el bien común». (Pío XII, Mensaje de Navidad, 1944.)

En la falta de auténtica democracia veía Pío XII la causa de la guerra mundial de 1939 a 1945: «Si no hubiera faltado a los pueblos la posibilidad de censurar la actividad de los poderes públicos y el alcance de las leyes públicas, no se habrían visto arrastrados a la guerra.»

OTRO aspecto importante es el social. En tiempo de León XIII y de Pío X se empezó a hablar entre los católicos de democracia social, pero en realidad hasta el final del pontificado de Pío XII no se planteó este problema de la organización económico-social. Los católicos alemanes, en una de sus famosas reuniones anuales, llamada el «Día Católico», se lo plantearon, y con ese motivo Pío XII puso a punto esta doctrina al nivel de la empresa.

Las empresas comerciales o industriales son entidades no de pura ganancia, como pensaron los capitalistas, sino organizaciones para prestar su servicio a la sociedad, compuestas de seres humanos, que intervienen en la producción económica de las mismas.

Aplicando al orden económico-social el principio de que el hombre es un ser activo y libre, tendremos que reconocer —como pide el Papa— que «este mismo diálogo es necesario en el interior de la empresa económica». Ya no se puede concebir una sociedad anónima como una especie de dictadura de los dirigentes de la misma, «hay que consultar a sus colaboradores». Y no sólo esto, sino prometer una participación amplia en la marcha de la misma para que todos se responsabilicen más en su funcionamiento.

Quizá, incluso, se lleguen a plantear seriamente los interrogantes que se hacía el actual Papa cuando era arzobispo de Milán: «¿La propiedad privada cómo y por qué debe defenderse? ¿Cuáles son los títulos que le atribuyen una doble función privada y social? ¿Por qué debe recomendarse el ahorro?... Y así sucesivamente; las cuestiones son muchas y parecen dar pábulo a nuevas soluciones en la hipótesis considerada de un creciente bienestar económico.» No nos asustemos de algunas novedades que combatíamos hasta hace poco con excesiva exageración y que seguramente son necesarias, de cara al mundo económico social del futuro.

El Papa recoge, en forma positiva, como inició Juan XXIII, el fenómeno creciente de la «socialización». Hasta ahora, el catolicismo social veía con miedo esta palabra. Pero el Papa Roncalli la empleó sin temor y Pablo VI sigue adelante en la misma línea.

Pío XI señaló su fundamento al afirmar que «el hombre es en la sociedad donde desarrolla cada vez más su personalidad». El trágico e insoluble conflicto entre persona y sociedad se convierte en el parto de los montes, porque deben existir «dos movimientos complementarios: el de personalización y el de socialización» y no dos fuerzas antagónicas.

También el Estado mismo debe reconocer «la necesidad de diálogo con las asociaciones intermedias»; y si no puede vivir alejado del ciudadano, tiene que reconocer también que el fenómeno de socialización debe producirse en todos los niveles de la sociedad de nuestros días.

Esta «multiplicación y mutua relación de asociaciones y grupos de intereses... económicos y sociales debe hacer que sean consultados y escuchados normalmente, siendo llamados a aportar informaciones para que pueda darse una luminosa decisión». (Pablo VI.)

En una palabra: hay que fomentar una libertad constructiva en el plano de la persona y en el de las asociaciones o grupos sociales que normalmente deben darse en toda sociedad bien organizada. El capitalismo a ultranza impide una verdadera libertad económico-social, lo mismo que, en su plano político, la impide el totalitarismo. Ambos engendran una esclavitud del mismo género, porque «que esta esclavitud provenga del predominio del capital privado o del poder del Estado, es lo mismo en sus efectos; pero esta falta de libertad puede tener consecuencias aún más graves, según lo manifiesta y atestigua la experiencia, bajo la presión de un Estado que lo domina todo, y regula el campo entero de la vida pública y privada, invadiendo hasta el terreno de las ideas, de las convicciones y de la conciencia» (Pío XII). Esto es lo que ocurrió en sus expresiones más extremas, en el plano económico con el capitalismo liberal; y en el político, con el nazismo alemán y el comunismo ruso.

DIOS, en el Antiguo Testamento, tuvo una infinita condescendencia con los hombres y les habló en el lenguaje de su tiempo. Hoy, la Iglesia, aun a trueque de ser mal interpretada, hace lo mismo: verter en nuevos odres el vino añejo.

Con ello ayuda a la sociedad, sin ingerirse en lo que no es su cometido, a que se configure con arreglo a esas características de nobleza, respeto y convivencia mutuas, que será «para los hombres redimidos, prefiguración y preparación de la celestial sociedad de los santos, a la que está destinado el cuerpo místico de Cristo», como ha repetido Pablo VI, tomándolo del más famoso teólogo protestante de nuestros tiempos, para dar así una muestra bien señalada de mutua comprensión en uno de los campos que más han dividido, por desgracia, a los hombres: el campo religioso.

E. M. M.